ASTERISCOS

EL VERDADERO CONCEPTO DE LA HISPANIDAD

* * * En un banquete reciente, don Martín Luis Guzmán pretendió justificar su actitud secesionista respecto de la Real Academia Española, con motivo del I Congreso de Academias de habla española celebrado en México. Frente al brillante discurso de Vasconcelos (frente a cuya noble figura no puede disculparse la incivil agresión verbal de L. Guzmán), el orador opuso *una discrepancia sobre el verdadero concepto de hispanidad. Se trataba de saber*—dijo—*si, como pretendían unos, hispanidad es lo mismo que españolidad, o si, como afirmábamos otros, lo hispánico es algo que, conteniendo a lo español, excede de lo español fino y simple, por muy vernáculo, y muy genuino, y muy fino que lo español sea.* A su juicio, cometen error los que *reducen la hispanidad a lo español en su expresión más estrecha,* error que, llevado a sus últimos extremos, *deja fuera, ya no sólo de la hispanidad, sino de la españolidad simple, a Galicia, Asturias, los Países Vascos, Cataluña y Valencia.* Esta equivocación, piensa el señor Guzmán, es la que impidió la creación del *Imperio que España pudo y no supo hacer;* la que no dejó que se adoptara el proyecto del conde de Aranda, *cuando aconsejaba dar a las nuevas naciones hispanoamericanas, dentro de un verdadero imperio español, el sitio que para cada una de ellas exigía su personalidad ya formada.* Después del consabido tributo a la «leyenda negra», el señor Guzmán afirma que *negar la influencia de las nacionalidades en la herencia común del lenguaje español es cosa tan absurda como lo sería si, tratándose del concierto de los pueblos hispánicos, se les negara su individualidad política;* porque *la unidad del habla española como lenguaje común a todas las naciones hispánicas... es la unidad en la diversidad, diversidad que el genio de la lengua mantiene una en su esencia.*

De tesis tan brillante, el señor Guzmán extrae una consecuencia lamentable: equiparar a Cervantes y a «Cantinflas» (es increíble, pero es así: ver *Tiempo*, de 18 de mayo de 1951) como maestros del castellano. Precisamente porque creemos que la tesis del señor Guzmán es certera, nos agradaría que la despojase de veneno: nadie duda en España (y es nuestro mayor orgullo, como empresa histórica) que la «unidad de destino» de la hispanidad, lo es en la rica diversidad de españolidad, peruanidad, mexicanidad, etc. Pero esto nada tiene que ver con poner a «Cantinflas» a la altura de Cervantes, ni al señor Guzmán a la de don Ramón Menéndez Pidal. Ni mucho menos, con discutir la circunstancial esencia de los académicos españoles por razones *totalmente* ajenas a las que expone el señor Guzmán.

Pero que quede claro: en lo esencial estamos de acuerdo, y no nos duelen prendas. El español es de todos, y más de quien lo hable mejor, sea Cervantes, Gallegos o Larreta.

M. F. I.

CATOLICIDAD Y DEONTOLOGIA PROFESIONAL

Es singularmente grato para «Cuadernos Hispanoamericanos» publicar las ejemplares conclusiones de la ponencia presentada por el P. Ramón Ceñal en las recientes Conversaciones Católicas, celebradas en Avila del 22 al 27 del pasado mes de mayo de 1951.

* * * La laboriosidad, la acción del católico en el mundo debe corresponder al sentido que el adjetivo «católico» tiene, aplicado a la particular profesión ejercida. Ese adjetivo «católico»» tiene un sentido formal, en cuanto que la catolicidad es forma que trasciende y eleva a un orden superior todo el ser y la acción del hombre.

La catolicidad, por lo mismo que es forma del ser y de la acción del hombre, no sólo no destruye todo lo que hay en él de natural y humano, sino que exige en este mismo orden—el natural y humano—toda la perfección.

La catolicidad postula en consecuencia una perfecta e integrante plenificación del ser y de la acción del católico en la unidad de una vida auténticamente cristiana.

Consideramos consecuencia práctica de estos principios la imposibilidad de que pueda darse una acción de auténtico signo católico sin una fidelidad ética, estricta y rigurosa, a los deberes del quehacer humano que por vocación se ha elegido, es decir, de la profesión ejercida.

Máximo ejemplo debe de ser para nosotros la fidelidad ética, que a su vocación científica, docente e investigadora, debe observar el universitario católico.

Esa fidelidad, los estímulos que llevan a esa correspondencia ética, deontológica, a los deberes de la profesión científica, docente e investigadora, no pueden sustituirse con ningún otro motivo.

Toda acción católica universitaria, todo apostolado universitario que no se funde primordialmente en esa fidelidad ética a la profesión científica, es vano y estéril.

Sólo el perfecto ejercicio de la propia profesión podrá ser informado de la catolicidad.

En el caso del universitario católico, esto exige una doble perfección en la probidad científica:

a) Probidad moral en el exacto cumplimiento de los deberes docentes e investigadores;

b) Probidad dogmática en la más perfecta puridad católica en la doctrina y en la ciencia.

La probidad dogmática debe estar guiada y alentada por un sincero y cordial sentir con la Iglesia.

El pleno sentir con la verdad, que la Iglesia custodia y representa, es lo que ha de dar al científico la legítima libertad para buscar la verdad, sin peligro de error, en todo pensar humano, y así ser fiel también a las exigencias de progreso y originalidad de la misma vocación científica. De esta manera, en la más perfecta e íntegra profesión de catolicidad debe encontrar el universitario católico la fórmula de concordia de la fidelidad y de la actualidad, que en su ciencia deben aunarse íntimamente, para asimismo ser fiel a la tradición y a su tiempo.

P. RAMÓN CEÑAL.

LA COMUNIDAD INTERNACIONAL IBEROAMERICANA

* * * La publicación, en los «Cadernos do Instituto Rio Branco», de las espléndidas conferencias que dictó el ilustre profesor y diplomático brasileño, don Pedro de Sousa Braga, en la Cátedra Ramiro de Maeztu, el pasado año de 1950, en un volumen titulado *O Brasil e o Mundo Ibérico*, tiene toda la importancia que le da «Santiago»—la ejemplar revista de información española de Río—en su número de mayo de 1951, destacando el capítulo «A influencia ibérica no conceito brasileiro do Direito internacional».

El autor destaca, con razón, que en sentido estricto sólo puede hablarse de un Derecho Internacional universal; pero la historia reciente demuestra que esto sólo es posible si se apoya en comunidades concretas de tipo espiritual que le sirvan de infraestructura. Carl Schmitt, en su gran libro *Der Nomos der Erde* (1950), afirma que el «jus publicum europaeum», que dió al mundo un Derecho Internacional, se vió anegado por una demasiado rápida generalización y positivización que lo apartó de sus originarios fundamentos sociológicos y morales. Las consideraciones de Sousa Braga sobre el origen teológico del arbitraje, del Derecho de asilo, de las limitaciones a la soberanía del Estado, típicas de la práctica internacional iberoamericana, son agudísimas, y de mayor interés cara al próximo Congreso Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, que se celebrará en octubre de 1951 en Madrid.

M. F. I.

* * * *Bien reciente está la fecha de la recepción en la Real Academia Nacional de Medicina española de un médico, ilustre como médico y como escritor: Juan José López Ibor. Con su magnífica disertación acerca de «La responsabilidad penal del enfermo mental», el nuevo académico—que acaba de publicar un magnífico libro:* El español y su complejo de inferioridad—*ha puesto el dedo en la llaga de uno de los problemas científicos y morales más vivos y acuciantes de la inquieta vida del hombre moderno. No es extraño que otro no menos eminente médico-escritor, Pedro Laín Entralgo, en su contestación académica del discurso del recipiendiario, haya querido abordar—magistralmente—el sutil conflicto, tocando en su núcleo específico: la responsabilidad humana. Y como la lección del nuevo académico, para su debido comentario precisaría de espacio y líneas hoy no disponibles, adelantamos al lector de Hispanoamérica algunos parrafos del discurso de Laín, donde la claridad y la ponderación del pensador y del humanista se llevan de la mano con la intuición y el saber del médico aleccionado. Oigamos al doctor Laín acerca de la responsabilidad humana:*

... Acabo de oír la una de la tarde, y alguien me pregunta qué hora es. Yo contesto: «La una.» ¿Qué he hecho con ello? Indudablemente, dos cosas: he dado una respuesta adecuada a la pregunta del interrogante y le he respondido de que es la una. He «respondido a» (a un hombre, a una pregunta) y he «respondido de» (de la verdad de lo que he dicho). Pero todo acto de «responder de» supone, necesariamente, la existencia de un «quien»: el de aquel «ante quien» se responde. En tal caso, ¿«ante quién» respondo yo cuando, contestando a la pregunta de un hombre, «respondo de» que en verdad es la una o, cuando menos, de que entonces es para mí verdaderamente la una? Dos son también los términos de la respuesta. Hacia fuera, respondo ante un hombre; y, por tanto, ante los hombres; y, si hay caso, ante las instituciones que los hombres han inventado para que se responda de lo que uno dice y hace: Tribunales, jueces, organizaciones de Policía. ¿Y hacia dentro? Lo inmediato, es decir: ante mí mismo. Pero esto es tan insuficiente como inmediato. Un «yo» finito y absolutamente desligado de toda otra realidad ulterior, ¿puede ser, *en último extremo*, tribunal de sí mismo? El hecho de que uno *no pueda dejar de responder* ante sí mismo de lo que dice y hace, ¿no indica—como diría Claudel—la existencia de *quelqu'un qui soit en moi plus moi-même que moi?* La «religación» del hombre—concepto central en la Antropología metafísica de Xavier Zubiri—es el término que inexorablemente conduce a un análisis completo de la «responsabilidad». La persona humana puede ser responsable porque está religada.

... La capacidad de responder a quien nos pregunta y nuestra subsiguiente responsabilidad íntima, son caracteres esenciales de la existencia humana: el hombre es un *animal responsabile*. Esto, sin embargo, no equivale a decir que un hombre privado de responsabilidad deja de ser hombre. Dícese con ello, tan sólo, que no hay acto acabadamente humano sin responsabilidad interna y externa. Recuérdese la vieja distinción escolástica entre los «actos de hombre» y los «actos humanos». Cuando se define al hombre como «animal responsable», no se afirma sino que es «capaz de responsabilidad»; del mismo modo que ser «animal racional» vale tanto como ser «capaz de uso de razón».

El niño y el demente son, en cuanto hombres, *animales racionales*, pero incapaces de usar plenamente de su razón. Pues bien: teniendo en cuenta que la raíz de la responsabilidad humana es la libertad, creo que así como se habla del «uso de razón», convendría hablar de un «uso de libertad». El individuo humano es constitutivamente libre; pero, de hecho, y en cuanto opera en y con un cuerpo material, el uso que hace de su constitutiva libertad se halla sometido a modos y a grados. El problema *psicológico* de la responsabilidad queda así referido al de los «modos» y los «grados» en el uso de la libertad.

... La preocupación de los hombres en torno a los problemas de su responsabilidad psicológica constituye, sin duda, una de las notas más definitorias de nuestra época. Nunca ha sido más amplia y acuciosa la atención de los hombres hacia el recinto de su propia intimidad y, por tanto, hacia los mecanismos y los matices psicológicos de su libertad y su responsabilidad. El psicoanálisis y el existencialismo han sometido al hombre actual a un doloroso «examen de conciencia»... El psiquiatra interviene en la obra de arte, en la guerra, en la administración de la justicia, en la intelección de las enfermedades más crasamente somáticas, en la política demográfica, en la elección de profesión y de estado. ¿Por qué todo esto? ¿Será—como hace más de cien años pensaba Damerow, el psiquiatra hegeliano—porque el espíritu del hombre se ha acercado más a la condición de «espíritu absoluto»? ¿O será tan sólo porque el dolor y la dificultad de vivir nos obligan a ser más conscientes de nosotros mismos y, en consecuencia, a recurrir más y más a los técnicos en el conocimiento del hombre?

PEDRO LAÍN ENTRALGO.

MENOSPRECIO DE LA CONFERENCIA Y ALABANZA DEL COLOQUIO

* * * ¿Habrá estadísticas acerca del número de conferencias pronunciadas en Madrid en este curso que ahora termina? Más vale que no existan, para ahorrarnos el susto de las cifras altas, insospechadas. Porque han debido ser muchas, muchas, tantas como para justificar esa broma de: «En Madrid, a las siete y media de la tarde, o das una conferencia o te la dan.» ¿Responden tantas horas de exposición oral a algo? ¿Es que los que las dan sienten la necesidad de comunicar a los demás hallazgos importantes en su investigación o en su meditación? Todo parece que no es esto exactamente. ¿Es que hay una inquietud pública que demanda conferencias? Eso, no; y si no, que lo digan esos conferenciantes que han hablado para una docena de personas repartidas por la sala. Por otra parte, el público suele ser el mismo o muy parecido. D'Ors dijo con gracia, hace ya unos años, hablando de las plagas de conferenciantes:

Son muchos. Cada cual transmite a los siguientes
un mismo vaso de agua, idénticos oyentes.

Al lado de esta inutilidad y pérdida de tiempo—en los más de los casos—,

registremos con alegría el éxito de determinados cursos, coloquios, seminarios. El acierto ha dependido de dos factores: del saber y don de magisterio de quienes los dirigen y de la existencia de un discipulado. El discípulo no existe en la conferencia, no hay lugar para él. Porque no se trata tan sólo de acudir para escuchar y aprender. Mal alumno, mal discípulo el que se conforme con esta pasiva actitud. Péguy precisó esto: «Un alumno no vale, no existe, sino en el sentido y en la medida en que por sí mismo introduce una voz, una resonancia nueva.»

Sí; hagamos propósito de reducir el número de conferencias. Dejémoslo en lo imprescindible. Sobre todo, en los círculos universitarios. Divulguemos, en cambio, la práctica de coloquios y seminarios, reuniones en donde sea posible estudio y diálogo. En donde a lo largo del discurso del maestro vaya surgiendo—confiada y respetuosa—la resonancia, la voz nueva del discípulo.

A. L. C.

ECONOMIA Y SOCIEDAD

* * * A. Dauphin-Meunier acaba de publicar un gran libro sobre *La doctrina económica de la Iglesia* (París, 1950; «Nouvelles Editions Latines»). El gran amigo del mundo hispánico intenta una labor difícil: por de pronto, «La Croix» se apresuró a afirmar, en su número de 24 de enero pasado, que la Iglesia tiene una *doctrina social,* pero no una *doctrina económica,* y que es peligroso meterse a inventarla. Desde los «Ecrits de Paris» (abril, 1951), C. J. Gignoux recoge esta que llama «controversia antigua sobre un libro nuevo». Con razón la tan sugestiva revista «Fovet et discutit», del Centro de Estudios de las Cuestiones Actuales Políticas, Económicas y Sociales, se enfrenta con la parcialidad, tantas veces observada, del gran periódico católico francés, que enturbia sus indudables métodos con su tendencia a confundir el pensamiento católico con la interpretación que de él da un determinado partido.

Dejando aparte las cuestiones de tipo puramente verbalista, el problema se reduce a esto: no es posible separar lo social de lo económico (y añadiríamos: de lo político). La fuerza del marxismo está en esto precisamente: su doctrina, mezquina y arbitraria, es un bloque sólido (sin compartimientos estancos, de los que placían en la época liberal) entre lo jurídico, lo político, lo económico, lo social, lo ético, etc. Por eso es urgente ver cómo los datos técnicos de *la* teoría económica (sólo hay una) se compadecen con la única doctrina eterna del hombre y de lo humano.

El erudito y concienzudo estudio del profesor Dauphin-Meunier es, sin duda, un magnífico primer paso en este camino.

M. F. I.

* * * Con buen provecho llegan, para los universitarios de Hispanoamérica que han seguido el curso escolar de 1950-51 en el Colegio Mayor Hispanoamericano «Nuestra Señora de Guadalupe» de Madrid, con buen provecho llegan las agudas y precisas palabras de don Eugenio d'Ors, pronunciadas como lección final en el acto de clausura de curso. Fácil es la preferencia de los oradores, en igual coyuntura, por ciertos temas inconcretos, propicios a la generalización como materia de su discurso. El filósofo D'Ors, con su acostumbrada generosidad de entrega, se ha expuesto a la aventura de tomar el difícil toro de la formación cultural del universitario por los agresivos cuernos de los procedimientos actuales en uso y en abuso. La Universidad, los Colegios Mayores, las Escuelas Laborales han servido al maestro para dar una soberana lección de política cultural a estos universitarios de América, que regresan a su país tras un curso de estudios y de convivencia en las aulas de las Escuelas y Facultades y en el seno del Colegio «Guadalupe».

¿Qué ha de ser un Colegio Mayor? ¿Qué deberá ser auténticamente un Colegio Mayor Hispanoamericano? Don Eugenio recuerda sus buenos tiempos de la Residencia de Estudiantes del Hipódromo, regida por el talento y el talante agresivos, individuales y «contra esto y aquello» del gran don Miguel de Unamuno. ¿Es oportuno, o siquiera aplicable, este método reformista, revolucionario y romántico—las tres erres fatales del individualismo—del intelectual republicano y liberal? D'Ors recuerda la labor educadora, formativa, que Benedetto Croce realizó durante lustros sobre la masa universitaria de la juventud italiana, la que dió origen a muchos posteriores triunfos creadores y técnicos de Italia. Este Croce que como intelectual es capaz de escribir: *Volete divulgare davero la filosofia? Pensate a la filosofia, e non a divulgarla...*, sabe también sus obligaciones de pedagogo formador e informador de la juventud.

De ahí que el maestro D'Ors, frente al problema directriz de los Colegios Mayores, anteponga a Croce relegando a Unamuno. Y no sin razón. Estos centros culturales, núcleos de convivencia y formadores de un estilo complementario de la información que prestan Escuelas y Facultades, crean este colectivismo por el que abogó Croce y por el cual hoy el pensador del *Glosario* se pronuncia. Proyección social de la cultura, indispensable para su fecunda propagación.

Pero en esta virtud formativa del Colegio puede asentar peligrosamente su principal pecado: la creación de un aristocraticismo cultural del cual sólo son beneficiarios unos pocos elegidos. Ya don Antonio Machado, el creador de aquella famosa «Universidad Popular», disuelta en agua de borrajas, adivinaba —1922—la sedimentación de la sociedad en dos grandes estratos culturales: *Arriba, los hombres capaces de conocer el sánscrito y el cálculo infinitesimal; abajo, una turba de gañanes, que adore al sabio como a un animal sagrado.*

No; don Eugenio no hace más que sugerir que quizá este peligro puede ahuyentarse con la formación de Escuelas Laborales en las que haya un máximo trasiego reversible de responsabilidad (discipulado-convivencia-magisterio) entre todos sus componentes. Pero un Colegio Mayor como el «Guadalupe», con el carácter internacional hispánico de sus habitantes, no puede caer en el peligro de una *élite* poseedora de una formación cultural inextensible. Extensión cultural es la meta subsiguiente del universitario que deja a sus espaldas

la vida colectiva del Colegio. Porque aprendiendo de la colectividad, puede llegar a crearse una conciencia cultural colectiva, fiel reflejo de la manera de ser en que el colegial fué iniciado.

C. R.

SESENTA AÑOS DESPUES

* * * Entre la prolífica literatura desatada por la actual conmemoración de la *Rerum Novarum*, destacan los excelentes artículos de los jesuítas norteamericanos Benjamín Masse y Robert C. Harnett, publicados en el número correspondiente al 12 de mayo de 1951 del gran semanario católico estadounidense *America*. El primero titula su trabajo *Los Papas y la Revolución Industrial*, y señala que la increíble actualidad con que se lee el inmortal documento pontificio se debe a que fué al fondo de la cuestión: *Cómo someter la moderna sociedad industrial al reino de la justicia social y de la caridad*. Ante nuevos problemas de organización social, los Papas no dieron fórmulas ni técnicas; recordaron, haciendo ver su particular engranaje con la nueva realidad, los principios eternos del cristianismo con arreglo a los cuales se podían medir las estructuras, los problemas y las soluciones. Por eso unos mismos principios permitieron a León XIII criticar en 1891 el liberalismo económico, y a Pío XI, en 1931, los excesos del socialismo surgido por reacción. A su vez, el P. Harnett llama la atención a los católicos norteamericanos sobre el peligro de no valorar suficientemente la doctrina social económica de la Iglesia, engañados por la prosperidad *artificial* que la segunda guerra mundial (que arruinó al resto del mundo) ha producido en los Estados Unidos.

Aquellos que en la década 1930-40, alarmados por la crisis, buscaban nuevas soluciones, parecen confiar demasiado en la famosa «American way», que es sobre todo una carrera de armamentos; y a quienes la oposición al comunismo les resulta, por reacción, una especie de tónico liberal. Los Papas no hablan para una década de depresión o de euforia: piensan en un *orden* social, destruído en tránsito a la sociedad de las máquinas y de las masas, y que hay que reconstruir, sobre nuevas estructuras, pero sobre los mismos (los eternos) principios. Tal es la única posibilidad de una actitud positiva, no sólo *anti*, sino basada en auténticas *virtudes sociales*.

Creo que es importante este orden de consideraciones; por más que en los países hispánicos llevamos ventaja (la de nuestra pobreza) en este caso. Una gran iniciativa al respecto: el Instituto León XIII de Estudios Sociales, inaugurado brillantemente en Madrid, este año de 1951, bajo el alto patrocinio de todo el Episcopado español.

M. F. I.

INDICE

1

Páginas

SCHMITT (Carl): *Tierra y mar, elementos de política mundial* 9
MACHADO (Antonio): *Fragmento de pesadilla* 15
VIVANCO (Luis Felipe): *Carta al pintor Benjamín Palencia sobre la realidad del mundo* 21
FOJO COLMEIRO (Adolfo): *Hermana España* 35
L. ARANGUREN (José Luis): *Exposición de Kierkegaard* 41
CRÉMER (Victoriano): *Cancionero de Puertamoneda* 49
ÁLVAREZ (Lilí): *Misión actual de la mujer hispánica* 59
REYES (Salvador): *Apuntes sobre la novela y el cuento en Chile* 67
SASTRE (Alfonso): *Notas para un esquema del teatro contemporáneo* ... 75

2

BRÚJULA PARA LEER

MEOUCHI (Edmundo): *La revolución mexicana y los «espaldas-mojadas»*. 89
TORRENTE BALLESTER (Gonzalo): *«La colmena», cuarta novela de C. J. C.* 96
FRAGA IRIBARNE (Manuel): *Cánovas, 1951* 103
DUCAY FAIRÉN (Tomás): *Arte Sacro Misional en Madrid* 108
SALINAS (Tomás): *Un curso sobre la crisis del mundo liberal* 111
CANO (José Luis): *El 4.º «Cántico» de Jorge Guillén* 114
SOPEÑA (Federico): *Estreno y revelación de «Genoveva», de Schumann en los Festivales de Florencia* 118
CAMPO MAÑÉ (Alberto del): *El último curso de Xavier Zubiri, sobre «Cuerpo y Alma»* 122
E. C.: *Balance de un año de hispanidad* 125
CASAMAYOR (Enrique): *Crónica incompleta de la poesía hispánica* 127
MORDÓ (Juana): *Feminismo hispanoamericano en Madrid* 130

3

ASTERISCOS

El verdadero concepto de la hispanidad (135).—*Catolicidad y deontología profesional* (136).—*La comunidad internacional iberoamericana* (137).—*De la responsabilidad humana* (138).—*Menosprecio de la conferencia y alabanza del coloquio* (139).—*Economía y sociedad* (140).—*Don Eugenio d'Ors habla a los colegiales del «Guadalupe»* (141).—*Sesenta años después* (142).

Indice 143

¿ADONDE VA HISPANOAMÉRICA?

En nuestros dos inmediatos números anteriores publicábamos en esta misma sección, titulada interrogativamente «¿Adónde va Hispanoamérica?», los textos íntegros de los más destacados manifiestos acerca del presente y del porvenir político, económico y cultural del Nuevo Mundo. La «Declaración de Salta», los escritos debidos a los fundadores de «Hispanoamérica, 1950», de Buenos Aires, así como también los editoriales de la revista «Presencia», en los cuales contestan diversos puntos de las anteriores proclamas, fueron recogidos en estas páginas de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, *a fin de hacerlos llegar, de forma conjunta, a todos los países de la América hispana. Nuestra viva preocupación por los temas candentes de la integración actual de los pueblos hispánicos nos ha llevado a ofrecer estas páginas al diálogo, a la polémica, a la colaboración de cuantos hispanoamericanos tengan algo que aportar a la difícil empresa. Esta revista, hecha por escritores de veintitrés países, se honra en publicar las primeras contestaciones a estos combativos manifiestos, y ofrece sus páginas a quienes deseen comentar los textos ya publicados o intervenir en las opiniones que se expresan en estas primeras contestaciones.*

P. SANTOS BEGUIRISTAN es el prototipo del sacerdote intelectual, universitario y emprendedor. Canónigo de la Sagrada Iglesia Catedral, de Pamplona, y Asesor religioso del Instituto de Cultura Hispánica, el P. Beguiristáin lleva sobre sus saberes y alientos la difícil empresa secretarial de la Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana.

La declaración de Salta, del 25 de enero de 1951, acusa una notoria madurez política, una comprensiva valoración del pasado y una generosa proyección al porvenir, cargado de promesas.

Por encima de las peripecias anecdóticas y de los entusiasmos adolescentes, los pueblos de Hispanoamérica concuerdan en una serena estimación de su herencia común y en la afirmación rotunda de su destino trascendente.

No es la invocación romántica del caos indígena, felizmente superada, lo que importa. Ni escuchar la sirena materialista, deportiva y aséptica, de los hombres rubios. Ni dejarse engañar por la fingida pretensión de paz y de unión que pregona el comunismo, sino levantar el estandarte de una religión, un idioma, un origen histórico, un acervo tradicional, unos comunes rasgos anímicos, para acometer una misión concorde, sin imperialismos ni discriminaciones raciales, asumiendo las responsabilidades que puedan sobrevenir por el pavoroso riesgo de la cultura occidental.

Quizá de España se ve bien el ayer; pero no se acentúa suficientemente la necesidad de un hoy y de un mañana solícitos hacia las tareas de América.

¿Es que sobre la lengua de la hispanidad no han de seguir gravitando el *Romancero* y el *Quijote?*

¿Es que se puede hablar de una auténtica cultura que no reciba, de continuo, influencias ancestrales?

¿Podemos desligar nuestro modo religioso de Santa Teresa o de San Ignacio?

Y sin calar tan adentro, necesitamos confesar que Hispanoamérica tiene muchos repliegues geográficos, donde la fe tradicional se amalgama con la superstición, donde se desmoronan las iglesias barrocas, donde el bautizo cae en catarata sobre multitudes cuando tan espaciadamente arriba el Padrecito, donde son ilegítimos casi todos los nacidos, donde no florece la vocación del Santuario, donde largas familias indígenas viven y mueren sin ninguna asistencia sacerdotal... Hay que confesar que la Iglesia de España

puede y debe ser compañía y auxilio, continuando la línea evangelizadora de los tiempos mejores, cuando los frailes hicieron el mayor milagro de conversión que registra la Historia.

Los valles del país vasconavarro, las llanuras de Palencia o Salamanca, por ejemplo, son cantera inagotable de consagrados a Dios, y hay que abrirles camino para que lleguen a las ingentes necesidades espirituales de América. Olvidando los malos días encharcados y los clérigos fugitivos soñadores de aventuras; con la cautela que requiere el desarraigo y la distancia, el mal ejemplo materialista del emigrante y la pereza del nativo; dispuestos siempre a llevar y no a traer..., pero son necesarios.

Porque el catolicismo norteamericano, en tantos aspectos admirable, puede ser en Hispanoamérica peligro más que remedio. Distinta idiosincrasia, nacimiento sobre subsuelos protestantes, técnica refinada, carencia de ayer..., no se compaginan con la plétora doctrinal y ascética, con la refinada maravilla de tradición y leyendas, con la alegre algarabía de la improvisación y el desorden...

Viene esta tarde el cura español, y mañana toca a misa y hace sermón, llegando a la más secreta vena de la emoción con todos los matices del alma en la mano.

Tiene que estrujarse nuevamente España. Tanto Seminario repleto, tanto Noviciado turgente, son llamada a la selva, y a las costas salineras, a las rancherías y a los jacales. Hay que ir.

Y con el sacerdote tienen que ir también el libro religioso y la imagencita, el cordón azul, toda la fronda rica de rosarios y novenas... Toda la sencilla plenitud de una fe de muchos siglos, asimilada en los más escondidos repliegues aldeanos. América tiene que ser aun batida por el agua bendita y las misas de aurora, al estilo de España.

Y esta embestida sagrada no puede demorarse años ni quizá meses; debe iniciarse, en turbión, ahora, si se quiere subsistir bajo el signo de la Cruz. Enormes regiones están evaporando ya, definitivamente, sus perfumes benditos.

Sería sueño pueril el de un destino católico frente al materialismo si no hiciéramos antes realidad la auténtica cristiandad americana.

España no puede retirarse sin hacer traición a sus entrañas de madre.

SANTOS BEGUIRISTAIN

MANUEL DE TORRES MARTINEZ es, quizá, el economista mejor informado, entre los españoles, de los difíciles problemas que plantea hoy en día la comunidad hispánica. Catedrático de Teoría Económica en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, de Madrid; Consejero Nacional de Economía y autor de abundante bibliografía, el Dr. Torres M. es Jefe del Departamento Económico-Social del Instituto de Cultura Hispánica. Con tan autorizada ejecutoria interviene hoy en nuestra sección «¿Adónde va Hispanoamérica?».

Como economista me interesa enjuiciar debidamente las ideas expuestas por Héctor Bernardo, y para ello se hace preciso situar exactamente su construcción dentro del cuerpo de doctrina que le precede y del cual aspira a ser a la manera de un corolario en lo económico. En efecto, prescindiendo de un preámbulo común, el artículo es precedido por otros dos; uno de Juan Carlos Goyeneche, sobre «Hispanoamérica y la unidad de Cultura», y otro de Mario Amadeo, titulado «Bases para una política hispanoamericana». Juzgando las cosas por su apariencia formal, estos dos artículos aparecen como las dos premisas que preceden a la consecuencia económica que deduce Héctor Bernardo. Sin embargo, esto es sólo, como he dicho, la pura apariencia formal, porque de la premisa histórico-cultural y de la premisa política, si bien es cierto que pueden sacarse conclusiones en el orden político e histórico, no parece tan claro que pueda sacarse sólo una consecuencia económica, y mucho menos que ésta sea la deducida por Héctor Bernardo.

En realidad, y esto es característica de toda la materia económica, de unas mismas premisas históricas y políticas pueden deducirse tantas conclusiones de carácter económico consistentes con aquéllas, como demanden las circunstancias de cada momento. Si de verdad lo que quiere sacarse es una conclusión económica, ésta, más que premisas histórico-políticas requiere antecedentes de circunstancias de hecho que caractericen la realidad del momento económico en que se obtiene la conclusión. Precisar y puntualizar exactamente el proceso, a través del cual se llega a una conclusión de carácter económico, haría este comentario innecesariamente largo y hasta es posible que pesado para el lector. Por eso voy a prescindir del nexo que une el artículo del señor Bernardo con los que le preceden y centrar la atención en su contenido estricto.

Parte Héctor Bernardo del principio que da él por supuesto y al que, lejos de hacer alguna objeción, hemos de prestar también nuestro asentimiento, de que es necesario formar un bloque económico hispanoamericano. Nuestra objeción no es a este principio, aunque en lugar de emplear la palabra bloque, que, por traer a nuestra mente la idea de resistencia, tiene un cierto sabor de combate y lucha, hubiéramos preferido utilizar la palabra equivalente, en su sentido técnico, pero que despierta en nuestro ánimo la idea de hermandad, como es la palabra unión. Unión económica tiene un sonido más apacible que bloque económico, y unión, en realidad, es lo que hace falta, no sólo en el mundo hispanoamericano, sino también en el orbe entero. Empero, prescindiendo de estas diferencias de terminología, creo yo que hay otras objeciones de más fondo que se puedan hacer a la teoría del bloque económico desarrollada por Héctor Bernardo.

Comencemos por mostrarnos de absoluto acuerdo con el autor, respecto a que existe una tendencia general, iniciada durante la guerra última y desarrollada después, hacia la formación de grandes bloques o uniones de naciones, sobre todo en lo que respecta a lo económico. Acaso el ejemplo mejor que pueda encontrarse de unión económica es el que trata de realizarse con las naciones europeas y que, a pesar de la inquieta impaciencia de los norteamericanos, se encuentra más adelantado de lo que a simple vista pudiera parecer. Este es también el tipo de unión económica que parece tener presente el autor en las primeras líneas de su estudio. Pero en lo que ya no podemos estar de acuerdo es en que el objetivo de la unión sea el de *conseguir una mayor concentración de poder político mediante un mejor aprovechamiento de los recursos naturales*, y, por otra parte, la consecución de una autarquía económica relativa, por la integración de economías complementarias. Hay sin duda algo de esto, pero el problema es mucho más hondo y mucho más difícil.

La idea fundamental que se encuentra detrás de la unión económica europea es la de la normalización de las relaciones económicas entre los países de la Europa occidental, corrigiendo de esta manera un desequilibrio en el intercambio de mercancías, servicios y capitales, que, sin duda alguna, la guerra mundial había perturbado en términos extraordinarios; pero no había hecho sino acentuar un proceso de desintegración del comercio mundial que había comenzado en 1930. La unión europea no es más que un instrumento con el que se quiere llegar a la recuperación del volumen

de las transacciones internacionales; es el remedio a una dolencia que aquejaba desde muchos años a la economía del mundo. Y el fundamento racional de tal remedio es una idea que en el fondo económico podemos calificar de nueva, porque ha venido a sustituir antiguas concepciones sobre lo que debía ser el comercio entre las naciones. Esta idea ha venido a desplazar la política comercial clásica, de enriquecerse a costa del vecino, por la más clara, y más generosa también, de que el nivel de la demanda internacional de bienes de toda clase depende del nivel de renta de cada nación. Es decir, que el desarrollo de la economía y del bienestar no sólo es conveniente para cada nación, sino también constituye la premisa primera para el desarrollo del intercambio con las demás. Estas son ideas plenamente aceptadas en Europa, e implican una radical transformación de las bases ideológicas de la política económica y comercial.

Sin embargo, Héctor Bernardo funda su teoría del bloque económico hispanoamericano en la idea, hoy arrumbada por completo, de que el comercio internacional se beneficia, por lo menos para algunos países, del atraso y de la decadencia económica de otros. Quiere, en otras palabras, construir su teoría sobre una armazón dialéctica que, si ciertamente tuvo existencia en el pasado, no tiene muchas probabilidades de subsistir en el futuro, si es que no se encuentra ya enterrado por completo. Y esto da a la idea, que tiene un atractivo y novedad irresistible, cual es la de la unión económica hispanoamericana, un tinte de anacronismo y un aspecto de vejez que no son ciertamente las características de un ideal nuevo, que debiera enarbolarse con la gallardía de una bandera desplegada.

Sin duda alguna que en su ánimo han pesado las circunstancias económicas que para Hispanoamérica ha tenido aquella política a que anteriormente se hizo mención: el monocultivo y la dependencia extraordinaria del comercio de exportación, la falta de diversificación en la producción, con la consiguiente debilidad de la industria, y hasta, si se quiere, el tipo de economía factoril, que estanca el desarrollo social. Pero como se ha hecho notar antes, las ideas que presiden la evolución económica del mundo no van en esa dirección, ni por consiguiente es de temer que influyan en la política económica de las grandes potencias. Es, sin duda, explicable que Héctor Bernardo respire por la herida, como decimos con frase gráfica en España. Por la misma herida y por idéntico motivo podríamos respirar los españoles y los portugueses, pues al fin y

al cabo nuestra situación económica en Europa tiene grandes semejanzas con la de los países hispanoamericanos frente a los Estados Unidos. Pero creemos que resulta más eficaz y provechoso olvidar un poco el pasado para enfrentarnos con la mente libre de prejuicios con el futuro. Y téngase en cuenta que el paralelismo entre las dos situaciones presenta grandes ventajas para los países hispanoamericanos, porque, al fin y al cabo, ellos tienen, como pueblos jóvenes, un porvenir limpio y claro, mientras que los pueblos todos de la Europa occidental, gastados por una evolución secular, con sus recursos íntegramente explotados, tienen que enfrentarse con un porvenir que, aparte de ofrecer mayores dificultades, tiene la característica desalentadora de un horizonte más cercano.

Y así, los países hispanoamericanos, por encontrarse todavía en la infancia de su desarrollo económico, tienen una neta ventaja frente a los viejos países europeos. Ventaja que todavía es más fuerte cuando se considera su gran riqueza potencial de recursos naturales, ya que con la excepción del carbón se encuentran casi completamente dotados. Y en estas características económicas, que radican en la estructura, es donde se encuentran las ventajas naturales de una mejor unión entre ellos, porque es sabido que, sobre todo el desarrollo de la industria básica y pesada, requiere la existencia de un gran mercado, cosa que traería aparejada su unión. Esto no quiere decir que continuando la actual situación de división económica, su situación no sea clara; pero es indiscutible que la constitución de un mercado unitario centro-sudamericano aceleraría en notable medida aquel proceso. En otros términos, lejos de considerar la extremada especialización de la economía hispanoamericana como un obstáculo para la integración económica de aquellos países, es más bien una condición para el éxito de la propia integración. De otra parte, no existen radicales diferencias en el nivel de vida de sus masas, que podrían constituir un obstáculo a cualquier intento de unificación económica. En una palabra, la integración económica constituiría el primer paso en un avance gigantesco hacia el desarrollo económico.

Sin duda alguna que la ejecución del proceso de desarrollo económico e industrialización necesita medios ingentes para poderse llevar a cabo, y es de todo punto evidente que esos medios no pueden salir de la economía interna de los países sudamericanos, sino que han de ser proporcionados por la ayuda exterior. Pero también en este punto existen amplias posibilidades. La primera y

principal es el suministro por parte de Estados Unidos de la maquinaria y el equipo necesarios para llevar a cabo aquel proceso, y en este punto es preciso plantear la cuestión de en qué medida Estados Unidos se encontraría dispuesto a financiarla. El problema no es el que el señor Héctor Bernardo parece señalar, el de que Estados Unidos contemple con un cierto recelo la integración económica de Hispanoamérica. Esto podría aducirse de acuerdo con el antiguo criterio en esta materia, pero no siguiendo las normas de política económica vigentes en la actualidad. Y de acuerdo con ellas, Estados Unidos hará lo que más le convenga, y no cabe la menor duda de que el derrotero que su conveniencia le marca en América no es distinto, ni puede serlo, al que está siguiendo actualmente en Europa, donde la ayuda que ha prestado y presta a la recuperación industrial y al progreso económico de todos los países ha llegado a cifras enormes.

No se puede negar que la financiación de la reconstrucción europea ha permitido restaurar la economía de los pueblos que sufrieron la última guerra; pero tampoco puede negarse que aquellas ingentes exportaciones de Estados Unidos han constituído una sangría necesaria para mantener en este país un elevado nivel de empleo y producción; más aún, era la condición necesaria y el precio pagado por la prosperidad interior. Aun antes del comienzo de la guerra mundial había comenzado Estados Unidos aquella política de avenamientos necesarios con sus exportaciones a cambio de compras de oro, que era inmediatamente esterilizado, ya que no otra cosa significaba su acaparamiento y custodia en el fuerte Knox. Es decir, la gran vitalidad de la producción norteamericana requería una exportación creciente, y al no encontrar la contrapartida en mercancías tomó primero el oro del mundo y después aceptó como pago unos certificados de crédito, que están destinados a no pagarse jamás, y que si se pagaran constituirían una tremenda amenaza para la propia economía de Estados Unidos.

Esta es la situación actual, pero la del futuro parece todavía más clara, porque el aumento de producción en Estados Unidos tiene que ser todavía mayor, y en estas condiciones su necesidad de expansión, aun regalando el excedente, será creciente. De otra parte, la desviación de recursos norteamericanos hacia Europa resulta cada día menos necesaria, salvo por lo que respecta al suministro de material bélico. Es decir, que el canal europeo de drenaje de la economía norteamericana va paulatinamente estrechando su cauce y llegará un momento en el que se encuentre casi

totalmente cegado, y como su necesidad de exportaciones es creciente, ha de buscar nuevos cauces de desagüe, y éstos sólo pueden ofrecerlos los países nuevos en trance de industrialización. Así pues, desde este punto de vista, las perspectivas de suministro de capital a los países sudamericanos por parte de Estados Unidos, son realmente optimistas.

Pero, además, la recuperación de la industrialización europea permitirá en un futuro no muy lejano, un aumento de las exportaciones europeas a los países hispanoamericanos. Existe, sin embargo, una diferencia radical entre Europa y Norteamérica a este respecto, y es que mientras el exceso de vitalidad de esta última puede hacer necesario exportar sin contrapartida, Europa, por el contrario, requiere alimentos y materias primas como pago de sus exportaciones de manufacturas, y la industrialización de Hispanoamérica requerirá de la maquinaria y el equipo europeo; pero habrá de suministrar en cambio alimentos y materias primas. Tampoco este género de intercambio ofrece inconveniente alguno para los países de Hispanoamérica, porque sus economías son complementarias de las economías europeas, y en este trueque existe una ventaja común.

Por lo que se refiere al problema a largo plazo, la solución parece clara. No han de faltar proveedores de la maquinaria y del equipo necesario para la industrialización. Estas son las previsiones normales y ordinarias, pero si a ellas se agrega la circunstancia extraordinaria de la actual coyuntura prebélica, todavía mejoran aquellas perspectivas. En efecto, si para Norteamérica es garantía de éxito en su política el desarrollo industrial de Europa, que al fin y al cabo pertenece a otro hemisferio, mucho más lo ha de ser la industrialización de los países hispanoamericanos, con los que tiene no sólo una mayor relación de vecindad, sino también y sobre todo unos más fuertes vínculos económicos.

Así pues, parece totalmente inadecuado plantear, como hace el señor Bernardo, la cuestión de la posible objeción de Estados Unidos a la industrialización de la América Central y Meridional. Claro está que no puede esperarse, ni de Estados Unidos ni de ningún país, que, en el orden económico, actúe por motivos sentimentales. El estímulo económico, tanto en el orden privado como en el orden público, radica exclusivamente en la conveniencia, y si no fuera así no sería un estímulo económico, sino otra cosa distinta. El hecho cierto es que hemos llegado a la conclusión opuesta a la del señor Bernardo por un argumento estrictamente económi-

co, que es el único que en esta materia puede esgrimirse con eficacia y con razón.

Por lo demás una integración económica ni puede improvisarse ni mucho menos hacerse de un golpe. Habrá que ir a ella por pasos paulatinos y llegar hasta aquel grado de unificación que sea compatible con las características económicas y no económicas de cada uno de sus componentes. Por eso la unión económica hispanoamericana, en pro de la cual hay tantas razones, debería comenzar por unificar aquellos lazos que pertenecen a la estructura externa del sistema, y por ello lo primero que hay que hacer es llegar a un sistema general de unificación de los pagos entre los propios países hispanoamericanos, algo parecido al vigente acuerdo general de pagos y compensaciones intereuropeo, que es, al fin y al cabo, el comienzo de la unificación económica de Europa. Después podría iniciarse una unión aduanera interhispanoamericana, y sólo después de estas dos experiencias, mantenidas con éxito durante varios años, sería el momento de discutir si convenía llevar la unificación hacia adelante con un convenio de unión monetaria que podría inspirarse, salvando las distancias, en la unión monetaria latina. Pero aun esto último pertenece a un futuro que no sólo está bastante remoto, hoy por hoy, sino que además depende del éxito de las dos medidas que habrían de precederle en el tiempo.

Discutir en el momento presente formás más rígidas de unificación económica, sería tan sólo realizar una excursión por el campo de la fantasía, y aunque los economistas no deben ser ajenos a los ideales y a los sueños, no pueden tampoco hacerlos material habitual de su razonamiento y su discurso.

Como puede verse, el plan de unificación económica anteriormente propuesto, difiere radicalmente de los medios que para conseguir tal objetivo propugna el señor Bernardo, ya que para él los primeros pasos habrían de ser la implantación de contigentes restrictivos a la importación, la unión aduanera y los acuerdos sobre mercancías. Este plan tiene dos netas ventajas aparentes frente al anteriormente desarrollado. La primera es su carácter agresivo, manifiesto en los contigentes a la importación y en los acuerdos sobre mercancías especialmente, dado su carácter monopolístico. La segunda consiste en que este plan no se presta a una ejecución paulatina y cíclica, y además, en algunos casos, como en el de los acuerdos de mercancías, es posible que resulte inaplicable por cuanto que la mayor parte de las exportaciones hispanoamericanas

consisten en productos del mercado mundial, que sólo son una parte de la oferta internacional.

Por lo demás, el problema de la importación de mercancías y bienes no esenciales en cantidades excesivas, como es fundamentalmente una consecuencia de la distribución de la renta, puede atacarse con más éxito que mediante contigentes, con adecuadas medidas de la política fiscal.

Pero de todos los medios propuestos por el señor Bernardo, sin duda alguna el más adecuado es el de implantar un sistema de «clearing». Sostener a estas alturas que «mediante el «clearing» pueden resolverse dentro del bloque muchas de las dificultades que es preciso superar» y sobre todo que «de este modo tal vez España pueda convertirse en la cabeza de puente de la América española hacia Europa», esto es precisamente desconocer, a la vez, la naturaleza económica del «clearing» y la realidad de las relaciones comerciales entre España y los países hispanoamericanos. Porque el «clearing» es el principal responsable, en cuanto que es bilateral, de las dificultades de pago que existen entre los países y de la reducción del volumen del comercio recíproco. Son éstas cuestiones sobre las que apenas es necesario insistir, porque sobran los argumentos. Por lo demás, un sistema de «clearing» es lo más opuesto que puede darse a un régimen de unión económica, por incipiente que sea.

Como resumen, podemos, pues, afirmar que la condición precisa para el éxito de esa unión económica que, desde todos los puntos de vista, es tan necesaria y conveniente, consiste en que no tenga un carácter agresivo, sino que, por el contrario, tienda a facilitar y desarrollar el intercambio por todos los medios y hacia todos los países.

MANUEL DE TORRES MARTÍNEZ

MANUEL FRAGA IRIBARNE, uno de nuestros más jóvenes y brillantes universitarios, tercia en estas páginas con su dinámico e impulsivo saber de Hispanoamérica, que le ha llevado, desde su puesto de Catedrático de Universidad, a los puestos de Subdirector del Seminario de Problemas Hispanoamericanos y al de Presidente de la Asociación Cultural Iberoamericana, de Madrid.

Una hora importante ha sonado en el reloj de la Historia, en este lindero decisivo del medio siglo. Hispanoamérica reproduce la arribada gloriosa de las carabelas: se ha descubierto a sí misma. Hispanoamérica no era siquiera una expresión geográfica, y el intento de hacerla racial se ha prestado a fáciles sonrisas. Maeztu la defendió; pero es más discutible su intento de definirla. Porque antes tenía que ocurrir esto: que una generación la sienta, la viva, la aprehenda vitalmente, instalando sobre este soporte existencial todos sus problemas.

Este descubrimiento, o redescubrimiento, es, por supuesto, la emancipación definitiva, la auténtica mayoría de edad. Después del tutor se va también el curador. El primer movimiento por la independencia se hizo a costa de la unidad; pero la unidad era condición precisa para la independencia, como bien apunta la revista chilena *Estanquero*.

Este siglo y medio fué el siglo de la desunión: del predominio de lo que separa sobre lo que une. Nacionalismo, partidismo, sectas secretas en discordia; pareciera que la gran empresa común se hubiera acabado y que sobre un cadáver fuerzas dispersantes preparasen las más diversas reencarnaciones. Hasta los sombríos ídolos se llamaron a la parte, so color indigenista; los que habían sido piratas que rondaban el menor descuido de las fortalezas del Rey, se encontraron de pronto en coyuntura de entrar, honorablemente, por donde quisieran.

Pero el alma no se había separado del cuerpo, por más que éste estuviera enfermo. Pero ha sido posible este vigoroso renacer de sangre nueva y primaveral. Y nada podía ser más oportuno: el mundo, cansado ya de ilustración, de progreso, de meterse con los curas, se vuelve ansioso a nosotros, los tan criticados países medievalizantes, de «estructura clerical», que nunca desesperamos de enlazar nuestra moral, nuestra política, nuestra sociedad con aque-

llo que se llamó Cristiandad, y que España y Portugal llevaron (como el Grial) a América, cuando periclitaba en Europa.

Hemos hablado de lo espiritual. Pasemos a lo político, que, salvada aquella primacía, tiene inmediata prioridad (Maritain acierta en lo primero y yerra al olvidar lo segundo). Una actitud básica es clara: la doctrina de Buenos Aires o de Salta es la justa réplica, algo más de un siglo después, a la doctrina de Monroe. Hispanoamérica no consiente que nadie, ni aun los Estados Unidos de Norteamérica, la consideren objeto (y no sujeto) de la política internacional, o económica, o cultural. Las fórmulas no importan; pero Hispanoamérica (basta sólo con el nombre) no puede ser coro o familia pobre, como alguien pudo imaginar a lo que entonces se llamaban «las Repúblicas latinoamericanas». Esta comunidad hispánica de naciones será, por su nueva constitución, uno de los grandes «nosotros», de las grandes «superpotencias» de nuestro tiempo, en todos los ámbitos de la vida histórica.

Pero ¿cuál puede ser la fórmula efectiva de unión, o sea, de formación y expresión de una voluntad común? Históricamente, son tres los tipos generales en torno a los cuales puede surgir una integración política de este tipo: la *hegemonía*, la *federación* y la *mancomunidad*. Otra forma (la unión monárquica), según todos los indicios, ha agotado ya (y en nuestro caso con un balance admirable) sus posibilidades.

Mario Amadeo razona bien por qué no parece procedente la primera de estas fórmulas: de hecho, contra un intento de hegemonía, no sería oportuno levantar otro. Pero bien está subrayar, por encima de todas las desconfianzas, la necesidad de la iniciativa y la emulación (y la responsabilidad) en la tarea común. Basta para ello releer a los geopolíticos norteamericanos y, sobre todo, a Spykman.

La federación (si la entendemos en sentido estricto) es una fórmula eminentemente *regional*. Va muy bien para los bloques parciales, como la Gran Colombia o la América Central; pero el propio Bolívar admitió que no era bastante para abarcar continente y medio. Ya la antigua división española reconocía la imposibilidad de regir de modo uniforme este gran complejo geofísico y etnográfico.

La tercera fórmula es la mancomunidad en pie de igualdad, sin organización federal, pero con base espiritual y cultural. De alguna manera lo fué el mundo helenístico y la «Commonwealth» británica, y de modo más perfecto la Cristiandad europea en los

tiempos anteriores a la Reforma. No hubo en ella hegemonía, pues el Imperio nunca la pretendió (ni hubiera podido), ni órganos externos de coacción; pero la unidad interna del espíritu hizo florecer los movimientos unánimes de las Cruzadas, del gótico o la revolución comunal. Por supuesto que había instituciones comunes, como la Iglesia, la Universidad, el latín. Y nosotros las tenemos; pero exangües: llega el momento de potenciarlas. El idioma, la literatura, el arte; el sentido de la vida, de la familia, del honor; la educación, los instrumentos de investigación, los libros, las agencias de noticias, la radio, la prensa. ¿Nos damos cuenta de lo que esto, con una política clara en materia de nacionalidad, de emigración, de convenios económicos y culturales, puede, *en una sola generación*, dar de sí?

Claro es que en este planteamiento, las relaciones de los países de Iberoamérica con España (y Portugal, claro es) deben ser claras y consecuentes. España no pretende (no puede pretender) desconocer la realidad de la emancipación *plena*; ése es, por otra parte, su mayor orgullo. Tampoco debe olvidar que el Atlántico la separa de la contigüidad física. Pero tenemos que, si se distingue esa presencia meramente «espiritual» de la presencia pura y simple..., el que más sufrirá será el espíritu. Precisamente la que es madre y hermana, enlace con la tradición y con Europa, y menos interesada en la diferencia local que separa, que en la unidad de destino que unifica, es el más calificado ¿árbitro? (la palabra falta) mediador.

Por algo la Providencia ha hecho que nuestras estructuras demográficas y económicas, y aun las sociales en general, sean tan notablemente complementarias. Desde todos los puntos de vista, España es el equidistante por antonomasia, el puente: la distancia más corta entre México y Buenos Aires pasa por Madrid, y los habitantes que sobran en Pontevedra son los mismos que faltan en el Perú amazónico.

La oportunidad es tal que asista la responsabilidad que pesa sobre todos nosotros. Que llegue a todos los jóvenes, a todos los capaces, a todos los atrevidos, con aliento de prometedora resurrección, Y que graznen los cuervos sempiternos: el cóndor volará, por fin, hacia la Cruz del Sur.

MANUEL FRAGA IRIBARNE.

CARLOS LACALLE une a su juvenil espíritu de intelectual combativo, su larga experiencia como director de revistas culturales. El uruguayo, autor de *Cuarenta jornadas en España*, coopera hoy a la empresa del intercambio cultural hispánico desde la Secretaría de la Oficina de Educación Iberoamericana y la Secretaría para América de Cooperación Intelectual.

Tres artículos, debidos a las plumas brillantes de Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo y Héctor Bernardo, y una declaración conjunta de principios hispanoamericanos, firmada en Salta el 25 de enero de 1951, por un grupo de argentinos, bolivianos, chilenos, paraguayos, peruanos y uruguayos, constituyen un todo—aspiración y programa—presentado a la consideración de los hispanoamericanistas.

Podríamos suscribir—honrándonos con ello—los trabajos de Goyeneche, de excepcional factura; de Mario Amadeo—sutil y ceñido—, y en sus rasgos más salientes acordar con el de Héctor Bernardo, y estaríamos tentados de adherir integralmente a la «Declaración de Salta». Veinte años sosteniendo y tratando de mejorar una actitud política e intelectual de unidad hispanoamericana, nos llevan a rendir homenaje de adhesión a esas expresiones tan conformes con nuestro más íntimo sentir.

Pero cuando una adhesión es expresión de servicio a una causa, debe ser colaborante en el plano de su enjuiciamiento y crítica.

* * *

Creo que ha pasado el tiempo de las «declaraciones» y de la simple exposición doctrinaria. Sobre todo si ellas no se hacen a la luz de nuevas realidades históricas. Tenemos un pasado aleccionador y próximo, en el cual está ya expresado, documentado y perfilado el conjunto de sentimientos-ideas que constituyen nuestro programa de conducta en lo que a la unidad del mundo hispánico se refiere. Pero es indudable que no hemos salido del plano programático, al cual poco agrega la «Declaración de Salta», a no ser la ratificación por las nuevas generaciones de su franca adhesión a una política que ha tenido el «pecado original» de no atreverse a ser «política».

Esa falta de atrevimiento ha sido debida fundamentalmente a que no se ha comenzado por enfrentar dos hechos: la heteroge-

neidad de Hispanoamérica y la falta de conocimiento mutuo entre los pueblos de nuestro Continente.

Una de las cosas más reconfortantes con respecto a la unidad de nuestro mundo es la solidaridad humana que se establece entre los miembros de sus distintas naciones frente al resto del mundo. Pero si eso es demostración y síntoma de nuestra esencial unidad, no podemos desconocer que esa unidad espiritual y sentimental no está servida ni por una política ni por una técnica de aglutinación y que cada día los intereses de cada nación americana nos hacen marchar por caminos divergentes.

En el orden económico estamos de acuerdo con Bernardo, aunque discrepemos en el detalle de su idea de subgrupos económicos.

Pero cuando el caso se ha presentado, cada Estado americano ha marchado por su cuenta, al margen de toda esa fraternidad que significa «partir el pan en común». ¿Quién ha intentado crear un órgano de previa información, que sensibilizara la consciencia hispanoamericana con relación a este punto? A ello debemos atender principalmente, cuando los tratados de comercio y el sistema de intercambio de mercaderías y de hombres levanta más que abre fronteras.

En el orden cultural no nos conocemos más que a través de algunos hechos, nombres y obras tópicas. Ni el libro, ni los periódicos, circulan entre los países hispanoamericanos. Hay en ello, no solamente un problema a resolver por el sistema de cambios monetarios, sino también cierta falta de valoración por parte de algunos centros culturales con respecto a los demás.

El pensamiento hispanoamericano busca patente de universalidad en Europa, pero es aquí donde menos se nota el espíritu de unidad. El nacionalismo *à outrance* nos lleva muchas veces a hacer desmerecer la obra del vecino para hacer sobresalir las bondades y virtudes de la del connacional.

Los acuerdos regionales, tan necesarios en un Continente cuyas porciones son tan desparejas, a fin de restablecer equilibrios vitales, ha sido menester realizarlas fuera del orbe hispanoamericano, pues, pese a todo nuestro decir, nos ha faltado sentido político de «hacer».

Presentarnos como un bloque compacto en todos los órdenes de la vida es nuestro sueño. Pero es indudable que para la formación de este bloque es necesario, no solamente el plan, sino instrumentos y obreros. Lo que en España se llama «aparejador», en el léxico de la construcción, es lo que necesitamos para enfren-

tar la realidad. Estados Unidos ha intentado ser ese «aparejador». No negamos su buena voluntad o «vecindad», pero Estados Unidos es hoy una formidable empresa casi ecuménica, montada en salvaguarda de una forma y de un estilo de vida—el suyo—al cual quiere dar dimensiones de universalidad y perennidad. Ese estilo no es el nuestro, hablamos un distinto lenguaje, anhelamos una distinta forma de convivencia. Nuestro «ocio» es acto fecundo; el de ellos es simple placer o arrepentimiento de tiempo perdido. Nuestro mestizaje no puede ser comprendido por sus clases directoras ni por sus condiciones medias. Y aun creemos en el fusil o la lanza, más que en el voto, para definir nuestras instituciones.

Creo que esté reservada a España la misión de reunirnos. Ella puede ser la «aparejadora» de nuestra unidad. Segura de sí misma, liberada de un complejo de soberbia, actualizada, España puede crear pacientemente los instrumentos que, respetuosos de nuestra heterogeneidad, comiencen la tarea elemental de ir trasvasando nuestras realidades.

Es a través de España que podemos ir recibiendo adecuadamente las soluciones propias y europeas—pues España debe sentir que no tiene en su acervo la totalidad de soluciones que América reclama—, y, haciendo masa con las nuestras, podemos hacer intercambio con el mundo anglosajón.

La larga serie de Congresos que con el título de iberoamericanos o hispanoamericanos se vienen realizando en estos años en Madrid tienen no solamente la virtud del coloquio, sino la del establecimiento de organismos modestos, pero fecundos, para la unidad hispanoamericana.

Toda actitud—retórica o técnica—hispanoamericana debe contar con el Brasil. La diferencia de idioma no es otra que una de las muchas que caracterizan nuestra heterogeneidad, y Brasil es un pueblo hispanoamericano, poderoso elemento del flanco lusitano de nuestra realidad, imprescindible en todo «hacer» eficaz, cultural, técnico y político de América.

* * *

Esto, que podría ser motivo de un prolijo y documentado estudio, es lo que desearíamos hubiera tenido en cuenta la «Declaración de Salta» y sirve de acotación a los trabajos de nuestros eximios amigos argentinos.

CARLOS LACALLE

JOSE LUIS VARELA, joven profesor, agregado de la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid, ha llevado a las letras hispánicas su agudo talento crítico y un conocimiento nada común de la literatura hispanoamericana. Miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, acaba de publicar, en Ediciones Cultura Hispánica, su obra *Ensayos de poesía indígena en Cuba*.

Las declaraciones de Salta traen al recuerdo, al menos a quien por vocación, dedicación o limitación atienda en ese vasto tapiz de lo histórico a la urdimbre filológica de un modo preferente, las palabras y obra de un espléndido ejemplar humano y literario, José Martí. «Del Norte—gritaba en Nueva York a fines del último siglo—, del Norte hay que ir saliendo.»

Las dos más voluminosas notas que parecen desprenderse de la voluntad de los hispanoamericanos reunidos en Salta quizá sean: la necesidad de alcanzar una sustantiva concreción política y jurídica los pueblos hispanoamericanos para poder ofrecer un macizo bastión a usos y conceptos expansivos y hostiles; un desplazamiento, también, de la situación de España en la conciencia de esos hispanoamericanos.

Ambas notas parecen implicar una previa: la solidaridad y, ¿lo diremos?, la unidad y homogeneidad de todos los pueblos hispanoamericanos, que procede, precisamente, de su constitución y nutrición españolas. Hagamos, pues, un alto aquí.

Ese «Del Norte hay que ir saliendo» procede de un criollo; criollo cultural y biológicamente, entendámonos. El criollo, como es sabido, es el agente de la Independencia física de las repúblicas americanas. El criollo quiere crear un hogar, y por eso dispara contra España: quiere ser el español de América—hispanoamericano—, y no es español en América. Para crearlo recurre a sus propios enemigos, recurre al diablo: recurre a todo eso que suele llamarse de modo ya demagógico, pero económico al menos, «la anti-España».

El hijo del criollo siente luego la necesidad de esgrimir la legitimidad y nobleza de su casta. Para un occidental, nobleza es antigüedad; es decir, tradición. Pero es preciso olvidar al abuelo, ya que la sangre del padre todavía está fresca. Entonces se resucita—demagógica, arqueológica, poéticamente—una fabulosa cultura indígena que hubo de desarrollarse fragmentariamente por la

acción hostil de algo tan radicalmente extraño y antitético como lo español.

Esto parece estar perdiendo su vigencia. Voces considerables del espíritu hispanoamericano de hoy no se sienten ya halagadas por esa antigüedad, no se satisfacen con esa alcurnia, sino que reclaman la otra más ilustre antigüedad europea. La salida política y poética—también ésta política, hablando en plata—del indigenismo está a la vista: se llama comunismo. La razón parece clara: se ve en el indio a la víctima de una injusticia social, al ilustre ascendiente atrasado, al individuo necesitado. Se precisa, por tanto, volver a la auténtica tradición espiritual. Con ella se opone una eficiente resistencia al imperialismo del Norte y a ese otro ubicuo y subversivo del comunismo. «Con Europa se defenderá (América) de todo eventual vencimiento del imperialismo norteamericano.» Por de pronto, lo que de positivo ofrecen las declaraciones de Salta está nítidamente filiado a esa tradición que se invoca: antirracismo, independencia, anticomunismo, antiindigenismo.

Por tanto, no se invoca aquí ningún género de autotocnismo que no sea el físico. Seguro que más de una docena de intelectuales partidarios de la originalidad cultural hispanoamericana procedente de un mestizaje hispanoindio se habrán sentido defraudados ante estas declaraciones. Un paso atrás, dirán. Sin embargo, esa originalidad es más posibilidad y profecía que hecho, y la urgencia del momento da razón a los americanos de Salta, ya que lo que se trata ahora es de buscar lo homogéneo, lo que ligue y no cuartee esa interesante complejidad de Hispanoamérica. Sin duda, esa originalidad cultural habrá de venir por vía del mestizaje; pero si algo hasta aquí se ha logrado ha sido la individuación de unas cuantas voces egregias. Más claro, y descendiendo al ejemplo literario: Vallejo, Neruda, Guillén, anuncian la voz posible del Perú, de Chile o del Caribe, pero guardando entre sí más distancias y diferencias que las que cada uno de ellos guardan con el tronco común de lo español y lo europeo en que se apoyan. Por consiguiente, si en lo espiritual, y también en lo físico y político, quiere ofrecerse contra el imperialismo contiguo una compacta comunidad, ha de ser invocando lo verdaderamente común y formativo: lo español.

Si, pues, lo español es el aglutinante, y cuya conservación significa hoy la originalidad de lo hispanoamericano ante el Norte, no hay por qué conceder «cabida, dentro de condiciones especia-

les», a lo español en esa organización que se vislumbra o funda. O lo español está en todo, quiero decir lo hispanoamericano es una forma de lo español, y en ese caso tiene un hogar matriz aún vivo, o no tiene más vigencia que la cordial y arqueológica. Mientras ese hispanismo tan desde América y para América—tan fraternalmente conmovedor, por otra parte—recuerda la reciente convocatoria para celebrar una asamblea de las filiales de la Academia Española. La asamblea se organizará en América, y a ella está invitada, *también*, la Real Academia Española.

JOSÉ LUIS VARELA.